

## INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Están subidos en un cerro, que es importante porque ellos están allí.

Viven una tragedia interesante. En un país que está (en cuanto a valoración científica se refiere) en el siglo pasado, hacen investigación seria. Son sus jueces, severos. Sus críticos, abundantes. Tímidos sus amigos Y mudos. Un bosque de envidia, mezquindad, egoísmo e ignorancia, los rodea. Una nación que aprueba créditos y presupuesto para todo, les concede un dinero desgastado. Nadie los entiende. Son superiores al medio ambiente. Forman una élite positiva que cualquier país avanzado mostraría con orgullo. Son el núcleo, el granero científico, de una tierra que necesita ciencia a granel. Algunos se preguntan: ¿Qué hace esta gente? ¿Por qué investigan cosas importantes? ¿Por qué se empeñan en enseñar a un país lerdo, cómo debe hacerse ciencia? ¿Por qué estrenan la irreconocible actitud venezolana de fabricar ciencia pura, de producir investigación básica, fundamental, de primera clase?

Pobres ilusos éstos. Soñando, en un país amargo como el nuestro. Como todos los países latinos. O casi todos. Viendo futuro limpio para la ciencia nuestra. Cambiando los cabestros que nos ataron siempre a quienes nos decían: así se hace esto y esto otro. Cambiando los cabestros por luciérnagas criollas para neuronas libres.

Marcel Roche. Lo conocí (y aprendí a respetarlo) una mañana añeja ya, en el Hospital Vargas de Caracas.

Cuando aquí, en nuestra propia casa, los muros eran muy altos y muchas las pedradas; cuando no había becas para nuestros

alumnos; cuando necesitábamos un consejo o una ayuda o un técnico; cuando cuidaban nuestros enviados como si fueran hijos y los entrenaban y querían y los enseñaban a mirar cielos científicos; siempre estaba ante nosotros el mismo nombre amigo: Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Y después de preparar los investigadores y enviarlos al exterior, a su regreso los ponían en nuestras manos sin exigir nada por la noble tarea. Y cuando en ocasiones cruciales, afortunadamente ya superadas, la atmósfera local era tan densa, tan irrespirable, que sentíamos que la lucha era vana, que los quijotes se iban de cabeza al suelo de tanto chocar con los molinos, hacíamos un viaje a Caracas, pedíamos en el IVIC algunas cosas que necesitábamos, y recibíamos una lluvia de optimismo y fe. Y veníamos remozados y alegres, y sentíamos que Roche y Carbonell, Layrissé, Arends y los Villegas y Gaede y Svaetichin y Núñez y Solanas y Velandia, y todos, eran una incomprendida Venezuela nueva y poderosa.

Marcel Roche. Ayer lo respetaba y hoy lo aprecio. Y ahora y siempre, tengo en mi cráneo un templo para usted y su gente.

Dr. Américo Negrette